

dificultades técnicas de la fiesta-homenaje, por mi parte publiqué en el mismo diario un homenaje a la voluntaria y pacifista noruega Nini Haslund Gleditsch (*El País*, 28.9.1996) quien falleció durante ese verano.

El libro incluye también un Apéndice de la investigadora Mirta Núñez sobre la Prensa de las Brigadas Internacionales (pp. 441-452), parte de un estudio más amplio sobre el mismo tema.

En conjunto esta obra de Santiago Álvarez, que en ocasiones redunda en tesis históricas ya consolidadas sobre los brigadistas, aporta una dimensión personal, vívida, un acopio espistolar no «sobre la guerra» sino «al autor, al camarada», así como una antología fotográfica únicos. Santiago Álvarez dedica con su libro un homenaje humano, histórico y colectivo que permite además profundizar en aspectos desconocidos hasta ahora, descubrir rostros y nombres de aquellos héroes del pasado/presente. No cabe duda de que la contribución de Santiago Álvarez resulta de lectura obligada a los hispanistas estudiosos de la Guerra Civil Española.

Alesund College, Norway

AITOR YRAOLA

Solange Hibbs-Lisorgues, *Iglesia, prensa y sociedad en España*, Alicante: Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1996, 462 pp.

El presente libro estudia el complicado panorama de las relaciones de la Iglesia española con el Estado, y de la enconada lucha que tuvo lugar entre los católicos intolerantes y los partidarios del aperturismo, y que se dirimió sobre todo en la prensa. Un tema muy complejo por la cantidad de factores diversos que tener en cuenta en un largo proceso y que la profesora Hibbs-Lisorgues desentraña aquí con un acierto que revela su profundo conocimiento de la historia eclesiástica y política de España.

Con el progresivo deterioro de las relaciones entre Pío IX y el gobierno italiano el catolicismo adoptó una postura cada vez más defensiva frente al liberalismo. A ella contribuyeron factores tan diversos como: 1) la «cuestión romana», nombre dado al proceso que acabó con el poder temporal del Papa; 2) la publicación del *Syllabus de Errores* (1864), un compendio sistemático de todos los errores de la sociedad liberal moderna, que llegó a tener fuerza de dogma para los católicos 'íntegros', y constituyó el núcleo a partir del cual se elaboró el integrismo español y europeo. Iba acompañado de la encíclica *Quanta Cura*, que condenaba terminantemente el racionalismo, el liberalismo y el socialismo; 3) el reconocimiento del Reino de Italia por Isabel II en 1865; 4) la Revolución del 68, seguida de un Gobierno Provisional, no reconocido por Roma, que dio lugar poco después a la subida al trono de Amadeo I, «el hijo del carcelero del Papa». Tales hechos resultaron beneficiosos para unir a neocatólicos y carlistas, cuyo militantisismo fue compartido por la mayoría de los católicos; y finalmente, 5) la celebración del Concilio Vaticano I (1870), en el que se definió la infalibilidad pontificia.

La división entre ultramontanos y aperturistas existía ya en el seno de la Iglesia española desde las Cortes de Cádiz y volvió a plantearse con renovada virulencia mediado ya el siglo. Los católicos partidarios de la *tesis* querían una aplicación «íntegra» de la doctrina antiliberal del *Syllabus*, mientras que los denominados despectivamente «mestizos» o «transaccionistas» por aquellos, estaban a favor de la *hipótesis* (que era una interpretación moderada del *Syllabus*) y de una política religiosa adaptada a los hechos consumados.

Tras el Vaticano I tuvo lugar una mitificación de Pío IX, símbolo de la resistencia al liberalismo y a la sociedad moderna, manifiesta en una profusión de retratos y medallas con su efigie, y en la organización de peregrinaciones y otras fiestas religiosas. Sin embargo, para los otros católicos convencidos de que un retorno al pasado era imposible, la adhesión a Pío IX no excluía la convivencia con la sociedad de su tiempo.

La cuestión religiosa implicó el fraccionamiento político e ideológico de los católicos españoles y al inmovilismo intransigente de los primeros, se opusieron los esfuerzos conciliadores de los que favorecían la «hipótesis», respaldados ahora por el nuevo pontífice León XIII (1878), quien incitó a los católicos a participar en la vida política.

En 1875 la restauración de la monarquía de Alfonso XII y la organización del sistema constitucional por Cánovas fueron acogidos bastante favorablemente por la Iglesia española, que vio restablecidas muchas de sus prerrogativas. Sin embargo, los integristas españoles seguían identificándose con Pío IX y la publicación por Sarda y Salvany de *El liberalismo es pecado* (1884), llamado «la biblia del integrismo», enardeció los ánimos y dio lugar a profusas contiendas.

Tras la muerte de Cándido Nicedal, se produjo la ruptura entre carlistas e integristas. Estos últimos formaron la «Comunión tradicionalista» (1889), que tenía un carácter doctrinario de «santa cruzada» encaminada a restaurar la integridad doctrinal.

Por otro lado, el integrista Alejandro Pidal había evolucionado hasta colaborar con el partido conservador y proyectaba hacer de su Unión un partido semejante a los que existían en Alemania y en Bélgica, en el que cupiesen todos los católicos. El proyecto no llegó a cuajar, neutralizado tanto por los integristas como por un episcopado contrario al protagonismo de los seglares.

La moderna libertad de imprenta inspiraba una desconfianza visceral a la Iglesia cuyos profusos anatemas impresos iban ilustrados con calificativos como «cáncer social», «dragón infernal con halito venenoso y mortífero» o «ejército del infierno» [359] dedicados a la prensa de sus enemigos. Pero aunque esta fuese la mayor plaga de la época, la Iglesia advertía la apremiante necesidad de fomentar el periodismo católico. León XIII exhortó a los católicos a desarrollar la Buena Prensa para defender la verdad y la religión, e impulsado por el clero se fundaron el «Apostolado de la prensa» (1871) y la «Obra de Buenas Lecturas» (1890). El sacerdote-

periodista sería un misionero moderno y la prensa un instrumento para acceder al poder político y una guía doctrinal de las masas católicas.

Pero neocatólicos y carlistas usaron sus publicaciones para combatir encarnizadamente a sus enemigos y la prensa revela grandes escisiones dentro del campo católico, confusión de ideas y violencia en las acusaciones mutuas. Surge así otro de los problemas propios del catolicismo finisecular: la intervención cada vez mayor de los laicos en materia de política religiosa, especialmente desde la prensa, fuera del control del episcopado.

El término *laicismo* se usó entonces para designar esta desviación en materia de interpretación de la doctrina y en sus encíclicas *Cum multa* (1882) e *Inmortale Dei* (1885), León XIII hizo claramente responsable al laicismo de la situación de cisma en la Iglesia española.

A los años de la Restauración correspondió el auge máximo del periodismo satírico-político. Los periódicos de los carlistas y de los integristas llegaron a tales extremos que tanto el Nuncio como los obispos tuvieron que prohibirlos. En 1885 había en España más de cien publicaciones que con el pretexto de defender la religión fomentaban las pasiones de sus lectores. La mayoría tuvieron vida breve y escasa tirada por falta de medios y, ocupadas como estaban en sus luchas, carecían de amenidad y de lectores.

Aunque existen valiosos trabajos sobre la situación de la iglesia y sobre la prensa en la España decimonónica, este libro constituye una obra de referencia imprescindible para el estudioso de estos temas. Además de examinar el carácter y la influencia que tuvieron las publicaciones católicas más conocidas de aquél período como *El Siglo Futuro*, *La Hormiga de Oro* o *La Veu de Montserrat*, la profesora Hibbs-Lissorgues ha manejado otras poco conocidas, así como documentos pontificios, folletos y opúsculos, en ocasiones inéditos. Dado que es una ampliación de su tesis doctoral *Traditionalisme et «esprit nouveau» dans l'Eglise catholique espagnole a travers la presse catholique catalane de 1868 a 1900*, el presente libro revela un conocimiento mucho más detallado de la situación en Cataluña que en el resto de España. Está escrito con claridad y va provisto de unas notas que revelan un exhaustivo y minucioso trabajo de archivo, de bibliografía e índice onomástico.

The Ohio State University

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA

CREACIÓN

Ignacio Vidal-Foch. *La libertad*. Barcelona, Anagrama, 1996, 251 pp.

A nivel formal —y casi subliminal—, el título de la novela podría recordar otros títulos famosos de la narrativa social de los años cincuenta